



LA EDAD DE ORO

34.—Cuentos chilenos

de nunca acabar.

El gato con los pies de trapo

Est'era un gato que tenía los pies de trapo y la camisa al revés ¿quierís que te lo cuente otra vez?

Los italianos y el inglés

—Estos eran tres: dos italianos y un inglés. El inglés tiró su espada; los mató y no los mató. ¿Querís que te cuente lo que pasó?

—Bueno.

—Estos eran tres: dos italianos y un inglés. El inglés tiró su espada; los mató y no los mató. ¿Querís que te cuente lo que pasó?...

El gallo pelado

—¿Querís que te cuente el cuento del gallo pelao?

—Bueno.

—Pues, pásate p'al otro lao.

El candadito

—¿Querís que te cuente el cuento del mentao candadito?

—Ya'stá, cuéntameló.

—Andá p'ajuera y güelve ligerito; no te demorís mucho porqu'es muy bonito.

El humito

Esta era una bruja que tenía encantada a una princesa muy linda a quien había encerrado en un ranchito de donde siempre salía un humito. Sucedió que un príncipe muy poderoso vió el retrato de la princesa y se enamoró de ella y salió a buscarla para hacerla su mujer. Después de mucho andar llegó donde la bruja, y señalándole el retrato, le preguntó si podía darle noticias del paradero de la princesa. La bruja le contestó que, aunque sabía en qué parte la princesa se hallaba, sólo podía decirle que estaba encantada y encerrada en un ranchito de donde siempre salía un humito y que mucho habría de costarle dar con ella, pero que cuando la encontrara cesaría el encantamiento. Con esto que oyó el príncipe, quedó muy esperanzado y siguió inmediatamente en busca de su adorada. Anduvo meses de meses y después de pasar muchos trabajos, se encontró por fin con un ranchito del cual salía un humito y a cuya puerta estaba sentada una vieja.

—Señora, le dijo el príncipe, busco a la princesa que representa este retrato ¿no estará por casualidad en esta casa?

—No, mi señor, le contestó la vieja, pero puede ser que esté en un ranchito de donde sale aquel humito que desde aquí se divisa.

Seguió el príncipe andando muchos días, porque el rancho estaba muy lejos, y cuando llegó a él, vió a una vieja que estaba sentada a la puerta y le dijo:

—Señora, busco a la princesa que representa este retrato ¿no estará por casualidad en esta casa?

—No, mi señor, le contestó la vieja, pero puede ser que esté en un ranchito de donde sale aquel humito que desde aquí se ve.

—Siguió el príncipe caminando muchos días más, porque el rancho estaba más lejos de lo que parecía, y cuando llegó a él, vió a una vieja que estaba sentada a la puerta y le dijo:

—Señora, busco a la princesa que representa este retrato...

La hormiguita

'St'era una hormiguita que de su hormiguero salió calladita y se metió a un granero, se robó un triguito y arrancó ligero.

Salió otra hormiguita del mismo hormiguero y muy calladita se metió al granero, se robó un triguito y arrancó ligero.

Salió otra hormiguita...

(Recogidos por RAMÓN A. LAVAL).

35.—Sin buena voluntad, no hay caridad

Dos días habían andado los aventureros sin que les hubiera sucedido cosa digna de memoria, y se hallaban por las faldas de Sierra Morena, solos y sin camino. D. Quijote se figuraba ver dentro de poco, ya una doncella andante puesta a mujeriegas sobre un león, ya un jayán que se llevaba consigo una princesa, ya un enano que le traía una embajada amorosa. «¡Por las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo y los Dolores de María Santísima, dijo por ahí una voz cascada y muerta de hambre, una caridad a este pobre ciego!» A Sancho Panza se le fué la sangre a los zancajos: las palabras no podían ser más católicas; pero en nada confiaba cuando se hallaba en semejantes despoblados. Un hombre, acurrucado al pie de un árbol, con un perrito pastor a los pies, era quien había pedido la limosna. «Sancho, dijo D. Quijote, la ocasión de hacer un bien es siempre un buen agüero: las obras de misericordia son préstamos que hacemos al Señor. Abre esas alforjas y provee para quince días a ese desdichado.—Le daré, respondió Sancho, mas no para quince días. Si de hoy a mañana no salimos de estos andurriales, en Dios y en mi ánima que tengamos nosotros mismos que hacer de ciegos.—¿Tan buena cuenta has dado de la repostería, Sancho? Haces bien, amigo: el día que hay, come a tu sabor, y no te dure un mes lo que alcanzaría apenas para una semana. Da lo que puedas a este ciego; no manda otra cosa la ley de Dios; pero lo que des, dalo de corazón. Sin buena voluntad, no hay caridad: los que dan por fuerza, labran para el demonio; los que por orgullo, están condenados». Sancho estaba ya en tierra abriendo las alforjas con loable empeño, y mientras desperdigaba una gallina, dijo a